

HOMILÍA. – FIESTA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA – Gabriel J. Pérez, S. J.
Julio 31 de 2017, Puerto Colombia – Capilla Nuestra Señora del Camino, Colegio San José.

En el relato del Evangelio que acabamos de oír hay tres frases de Jesús especialmente significativas para nuestra reflexión, a partir de las cuales podemos evocar los rasgos esenciales de la espiritualidad ignaciana, que constituye una propuesta dirigida no sólo a los jesuitas, sino también a toda persona que quiera conocerla y vivirla.

1. ¿Quién dicen ustedes que soy yo?

Hoy, como ocurría hace veinte siglos, y como asimismo sucedía en la época de Ignacio de Loyola, mucha gente tiene ideas erróneas acerca de la identidad de Jesús de Nazaret. Por eso, podemos considerar como dirigida también a nosotros la misma pregunta que Él les hizo a sus primeros discípulos: “y *ustedes, ¿quién dicen que soy yo?*”. En otras palabras: ¿qué pienso y sobre todo qué siento que significa Jesucristo en mi vida, qué sentido tiene su existencia para mí?

Para responder a esta pregunta, Ignacio hizo lo que en sus Ejercicios Espirituales propone como petición al contemplar los misterios de la vida de Jesús: “pedir conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga”. No cualquier conocimiento, sino un conocimiento interno, una experiencia profunda y vivencial de Cristo, con una finalidad que supera el plano intelectual y se adentra en el afectivo, para amarlo y seguirlo cada vez más y mejor. Esta dinámica del “*magis*” es una de las notas características de la espiritualidad ignaciana.

2. El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo y cargue su cruz cada día

Ignacio reconoció que Jesús lo llamaba como había llamado a sus primeros discípulos y a muchos otros hombres y mujeres que se desprendieron de sus afectos desordenados para seguirlo y vivir de acuerdo con sus enseñanzas. Él no se contentó con ofrecer toda su persona para trabajar con Cristo en la empresa de proclamar a cercanía del “reino de Dios”, es decir, del poder del Amor que es Dios mismo, sino que además se propuso ser, como él mismo lo indicó, uno de los que más se querían señalar en el seguimiento de Jesús.

La primera condición de este seguimiento, que según el Evangelio es *negarse a sí mismo*, no significa acabar con la autoestima, sino renunciar a los intereses egoístas para disponerse a “en todo amar y servir”, porque, como el mismo Ignacio también escribió en sus Ejercicios Espirituales, para avanzar en la vida espiritual hay que “salir del propio amor, querer e interés”. Esto exige un esfuerzo constante por realizar lo que expresamos cuando decimos que amamos a Dios, el mismo a quien Ignacio supo reconocer no sólo como quien “trabaja y labora por mí en todas las cosas”, sino además como el que, según las palabras del apóstol san Pablo en la segunda lectura de hoy, “en mí derrochó su gracia”.

Por eso, teniendo en cuenta que, como él mismo escribió también en sus Ejercicios Espirituales, “el amor se debe poner más en las obras que en las palabras”, Ignacio se entregó completamente a Dios renunciando a toda ambición egoísta para convertirse, como Jesús, en

un hombre para los demás y al servicio de los demás, lo cual implicaba llevar a la práctica lo que interiormente había escuchado de Él.

3. ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde a sí mismo?

Esta frase del Señor, que Ignacio les repetía a sus compañeros en la Universidad de París -y en especial a Francisco Javier, un joven ávido de riquezas, honores y gloria mundana, corresponde a lo que se lee en el *Principio y fundamento* de los Ejercicios Espirituales: “El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto, salvar su alma”. Salvar el alma, en los términos tradicionales del lenguaje religioso, quiere decir ser feliz. Dios quiere nuestra felicidad. No la aparente y vana que da el mundo, sino la verdadera y plena, que puede empezar desde ahora en la medida en que le encontremos un sentido constructivo a nuestra vida.

Ahora bien, el logro de la verdadera felicidad exige el discernimiento, es decir, la búsqueda constante de la voluntad de Dios en nuestras decisiones, al usar nuestra libertad de la única manera como nos puede servir para ser felices: como dice Ignacio, “solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce al fin para el que somos creados”. En la primera lectura, tomada del libro del Deuteronomio, escuchábamos que el Señor dice: “*Mira: hoy pongo delante de ti la vida y el bien, la muerte y el mal... Elige la vida y vivirás*”. Y prosigue diciendo que es mediante el cumplimiento de su voluntad como elegimos efectivamente “*la vida y el bien*”. Toda la vida terrena de Jesús fue un cumplimiento constante de la voluntad de Dios, a quien nos enseñó a dirigirnos llamándolo “Padre nuestro” y diciéndole “hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. Y la voluntad de Dios se resume en la ley del amor, a Él sobre todas las cosas y al prójimo no sólo como a nosotros mismos, sino como Dios mismo nos mostró en Jesucristo que nos ama, hasta entregar la propia vida.

San Ignacio en sus Ejercicios Espirituales nos invita a pedirle al Señor la gracia de “no ser sordos a su llamamiento, sino prestos y diligentes para cumplir su santísima voluntad”. ¿Cómo conocer la voluntad de Dios? Todas las personas que han orientando su vida en la línea y en la onda de la voluntad divina, la conocieron a través de la meditación y el discernimiento. Por eso, con el autor de Salmo 1°, podemos decir de Ignacio de Loyola: “*Dichoso el hombre que medita la Ley del Señor...*”.

Conclusión

Demos gracias por lo que ha significado la vida de Ignacio de Loyola para la Iglesia y para la humanidad, y contando con su intercesión y la de María santísima en su advocación de nuestra Señora del Camino, a la cual le tuvo él un especial afecto, pidámosle al Señor que todos los seres humanos, creados para ser plenamente felices, alcancemos este fin mediante el conocimiento y la puesta en práctica de su voluntad. Sólo así podremos hacer realidad el lema escogido por el propio Ignacio para la Compañía de Jesús, el cual se encuentra 259 veces -aproximadamente una por cada página- en las Constituciones de esta orden fundada por él en 1540, y que a su vez ha de ser el propósito de todo proyecto humano en la perspectiva cristiana: “*Ad Majorem Dei Gloriam*” (AMDG) -“para la mayor gloria de Dios”. La mayor gloria de Dios es la vida feliz de todos sus hijos e hijas, y por eso podemos decir también con san Pablo en el texto de su Carta a los Efesios, escogido como una de las lecturas

bíblicas de hoy: *Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos.-*